

SEGOVIA

➡ El paseo terminó. Calderón propuso un acuerdo que no tiene sentido y algunos sólo hicieron bulto.

El periplo

RAFAEL SEGOVIA

De alguna manera hay que pasar el tiempo. Viajar es una de ellas, porque eso nos dice que los viajes ilustran, lo que puede ser verdad. El señor Calderón viaja con comitiva, secretarios de varias cosas, algunos importantes como la de Relaciones Exteriores, algunos inexistentes como el presidente de su partido o como el del partido contrario, pero partido al fin y al cabo. Antes de pasar a temas más importantes conviene preguntarse qué se le perdió a la posible jefa del PRI en esta excursión. Aceptó una invitación humillante donde fue a hacer bulto. No tiene justificación alguna, ni personal ni partidista, para estar allí. Está bien que Calderón lleve a seis o siete para enseñarles las glorias sudamericanas, pero en plena crisis mostrar Iguazú o el Río de la Plata y explicar cuándo se descubrieron no tiene sentido.

Menos sentido tiene salir ahora con proponer a los brasileños un acuerdo de libre comercio o un acuerdo petrolero para –cosa sorprendente– aumentar los puestos de trabajo, el empleo, ahora que la prensa nos anuncia, por medio de una institución que no miente, que los desempleados aumentaron a la módica cifra de 2.4 millones. Puede esperarse que el Presidente la desmienta, como desmentirá también la cifra del comercio ambulante. Pero no se atreverá a desmentir que México es un desastre en todo cuanto hace a trabajo, empleo, etcétera. Su viaje le habrá ilustrado en algunas materias.

El Presidente nunca ha sido en este país un líder en el campo político, se ha mantenido un tanto apartado, defendiendo intereses propios que la situación interna le obligaba a defender. Cuando salía al campo internacional lo hacía en defensa de principios que pocos se atrevían a encarar. Por ejemplo el nazifascismo que el cono sur no se atrevió a censurar con la lección de historia ni con el ataque franquista a España. No tomó un papel de guía: le bastó con adoptar una dignidad que otros no conocían. Ahora vamos introduciendo sin decirlos: la ambigüedad de Calderón frente a la postura de Colombia, que no puede esconderse más. No sólo condena la postura de Chávez –cosa de esperarse– sino que acepta la oferta de Estados Unidos –cosa más sorprendente– y rompe con la posición de la mayoría de los países latinoamericanos. Conviene decir abiertamente cuál es la intención de Calderón: abiertamente a favor de Álvaro Uribe, pero obligado a mantener un silencio

cómplice después de la paliza del 5 del julio, cosa en que le ayuda la ambigüedad de Beatriz Paredes que adoptará una pseudopostura de mujer de Estado con una ruptura política con su propio partido.

La imagen que parece se quiere dar es la de un gabinete y no la de un gobierno: ministros salidos de la oposición, gente importante dispuesta a correr riesgos, experimentada, pero obediente, guiada por un jefe responsable dueño del poder, deseosa de salir de una crisis de la cual ese jefe es en gran parte responsable. No se trata de un juego de oposiciones sino de un acuerdo más complicado: una reordenación de toda la América Latina: encontrar la fuerza que por tanto tiempo se buscó. Los grandes por fin se encuentran, Brasil y México, dueños de todo lo necesario: petróleo, ciencia, universidades, deporte, hospitales, empresas y exportaciones. Brasil,

si suma su fuerza a la de México –ya lo dijo Calderón–, se antoja imparable. Sólo le falta ese mínimo de voluntad. Y algo más, pues no ve hasta ahora su interés en esta alianza, añorada por tanto tiempo por México. Aquí es donde la proposición mexicana empieza a cojear.

Brasil ha resuelto mucho mejor que México el problema petrolero, porque no ha vivido de supersticiones ni ha sido prisionero de su pasado, no ha tenido la capacidad de vivir durante años de explotar el petróleo y vivir de él, como nosotros ahora.

Ya terminó el paseo sudamericano. Si se ha firmado el acuerdo Brasil-México nadie lo sabe. Muy rápido se antoja este acuerdo, comparado con el de Estados Unidos. Esto parece un capricho, un intento de lograr algo. Si lo vemos desde lejos, no parece sino eso, un capricho, pero no una acción de Estado. El señor Calderón se queja, por sus declaraciones que en México se mata poco. En Brasil, no digamos nada de Colombia, aunque Guatemala y algunos centroamericanos se pasan el día asesinandose sin compasión. Se ve que en sus recorridos latinoamericanos llevó la cuenta de las matanzas. No puede ser motivo ni de regocijo ni de compunción, sino de amargura. En cuanto a la crítica de los mexicanos sobre su país, que lo ponga en su cuenta, que empieza a ser bastante larga. Si se examina con cuidado la prensa nacional, el pesimismo está en casi todas las páginas, se espera constantemente una explosión violenta, porque motivos no faltan: en primer lugar el costo de la vida, en segundo la falta de seguridad, en tercero, la falta de trabajo. Podríamos seguir.

